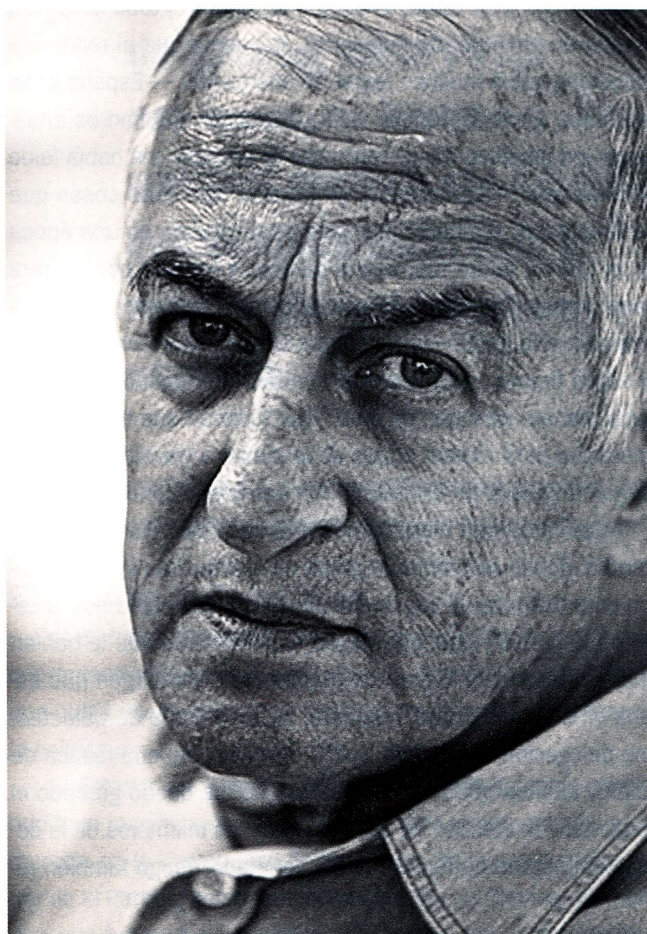


# Juan Goytisolo o la bendición del exilio

Javier Fresán

Es el día más frío del invierno en Marrakech. Sentado en el Café de France, ves llegar a Goytisolo envuelto en su *sarajevo* azul. Unos segundos bastan para que caiga el vaso de té que sujetaba tus papeles, y las preguntas que has preparado durante horas vuelen por todos los rincones de una plaza que es «la plenitud del color, del olor, del movimiento». Cuando salís juntos por la calle de los bancos y, al dejar atrás un antiguo cine, te cuenta que allí solo se proyectaban películas con final feliz, ya has renunciado a impresionar a uno de tus escritores. Quisieras preguntarle todo a quien, en el colegio, dudaba de que Dios pudiese meter a todos los arcángeles en una caja de cerillas. De pocas cosas no ha sido testigo este «castellano en Cataluña, afrancesado en España, español en Francia, latino en Norteamérica, nesraní en Marruecos y moro en todas partes», que en mayo del 68 proponía a Jean Genet disfrazar a un grupo de mendigos de académicos y hacerlos entrar gritando en la Coupole. Dos años antes se había publicado *Señas de identidad*, obra que marcaría un hito en la novela española de la segunda mitad del siglo xx, pero que para él representaba solo un paso en el camino de perfección hacia la moral de la literatura. Luego vendrían *Reivindicación del conde don Julián* (1970), *Makbara* (1980) o sus dos tomos de memorias: *Coto vedado* (1985) y *En los reinos de taifa* (1986). También *Las virtudes del pájaro solitario* (1988), convertida en ópera, y *Carajicomedia* (2000). «La narrativa la he dejado atrás», te confiesa cuando describes al anciano Miguel Ángel atravesando las calles de Roma



con esfuerzo para ir a la escuela a aprender un poco más. La próxima noche de Reyes, Goytisolo cumple ochenta años. No lo dirías al oírle hablar del libro sobre Blanco White que publicará en los próximos meses, de las correcciones para la edición francesa del *Exiliado de aquí y de allá*, o cuando comenta, preocupado, cómo la corrupción de los políticos ha dado al traste con la fórmula de Umberto Eco «la improbabilidad es la noticia».

## Los desastres de la guerra

—*Su infancia estuvo marcada por los desastres de la guerra: la madre, muerta en el bombardeo nacional de Barcelona; el padre, preso por los republicanos. ¿Qué recuerdos tiene de lo que se decía y lo que se callaba en esa época?*

—Una parte de mis memorias está recogida en *Coto vedado*, y allí ya me planteo si el recuerdo del recuerdo de un recuerdo es todavía un recuerdo. La primera imagen que conservo es la de mis padres votando en las elecciones de febrero del 36, en las que desde luego no apoyaron al Frente Popular. Unos meses más tarde, el día del alzamiento, toda la familia estaba en el chalet de Puigcerdà. Recuerdo que al regreso a Barcelona había muchos registros anárquicos —España entera estaba fuera de control— y que cuando mis padres enseñaron los papeles, comentaron que la persona los había leído al revés, para decir que era un iletrado; son esas cosas que se te quedan. También los traslados sucesivos en una época en la que mi padre fue, según parece, a ver a la policía para pedir protección contra las bandas de anarco-sindicalistas que detenían a la gente y la fusilaban. Luego estuvo preso durante algún tiempo, y en la cárcel contrajo una pulmonía que no hubo manera de curar, de modo que tuvieron que hacerle una operación para extraer el pus de la pleura a través de un tubo de goma situado en el costado. Yo siempre lo conocí enfermo.

Más tarde nos trasladamos a la casa de la familia en Torrentò, donde de pronto un grupo de anarquistas se presentaron para destrozarse la capilla. Recuerdo que mi madre nos encerró en la masía y que, cuando se fueron, vimos que le habían dado un mazazo a la estatua de mármol de la Virgen que estaba en el altar. En otro momento, ya en la etapa de Caldetes, una delegación sindical de la CNT visitó la pequeña fábrica de colas y abonos que tenía mi padre, y se me quedó grabado el comentario misterioso de que alguno de los miembros de la delegación estaba borracho y había vomitado. Tengo también re-

cuerdos de Viladrau, un pueblo al que no he vuelto desde el verano del 39, pero cuyo plano no se me borrará nunca de la cabeza, y sobre todo del viaje de mi madre a Barcelona el terrible día del bombardeo, el 17 de marzo de 1939; de los regalos que nos había comprado a mí y a mis hermanos, y que solo recibiríamos días después, teñidos de luto. Junto a los bombardeos de Almería y de Guernica, el ataque aéreo a Barcelona fue uno de los episodios más crueles de la guerra civil, en el que murieron ochocientas personas. Recientemente se han publicado las notas que tomaba Juan Negrín, en las que iba diciendo hora por hora dónde caían las bombas: bombas en el paseo de San Juan, bombas en la Gran Vía... Son escalofriantes.

—*Más o menos por esa misma época empieza a escribir...*

—En la casa de Viladrau, a los siete años, empecé a escribir esos cuentitos y poemas que escriben los niños. Mucho más interesante fue la experiencia entre los trece y los quince, porque durante el verano escribía una novela detrás de otra y, para no tomarme la molestia de describir a los personajes, pegaba fotos de actores y de actrices que aparecían en alguna de las revistas de mi hermana. Luego descubrí que había una tradición familiar de *letraheridos*, que quizá me fuese transmitida genéticamente por la rama materna: mi tío abuelo Ramón Vives Pastor, por ejemplo, fue un personaje insólito en la burguesía catalana de la época. Era ateo, republicano, catalanista y vivió una relación amorosa con una poetisa irlandesa, tan nacionalista como él. Tradujo a Omar Jayyam al catalán, a partir de la edición inglesa de Edward FitzGerald, y escribió también algunos libros, como uno que se llama *Poesía és llibertat*, que anticipa la poesía resistente de los años cuarenta. Por desgracia, falleció de tuberculosis antes de que yo lo conociese. También la hermana de mi madre, Julia Gay, escribió una docena de poemas, que hace unos años editó la fundación que tiene mi hermano Luis en el Puerto de Santa María. Son textos con la particularidad de estar escritos en francés, en castellano y en catalán, lo que da muestra de la cultura que había en la rama materna de mi familia. Incluso alguien me dijo una vez que mi madre había escrito una novela, *El muro y la locura*, de la que nunca he tenido el menor conocimiento.

## Un aprendizaje a destiempo

—*A su llegada a la universidad en 1948, le ocurre lo que a muchos estudiantes de su generación: descubre que la enseñanza allí es tan pobre como la que había recibido en el colegio, y que solo puede aprender «de modo aleatorio y a trompicones, a la merced de encuentros, lecturas y conversaciones llevados a cabo fuera de las aulas».*



**El ataque aéreo a Barcelona fue uno de los episodios más crueles de la guerra civil.**



—Mi llegada a la universidad fue como un matrimonio de conveniencia: lo que a mí más me interesaba era la literatura, pero entonces en Filosofía y Letras solo se explicaba el tomismo, así que elegí estudiar Derecho, algo lo bastante anodino como para que no me atrajese en absoluto. El segundo año prácticamente lo abandoné, aunque hay por ahí quien dice que yo soy licenciado en Derecho; lo dejo a su responsabilidad. En la universidad me relacioné mucho con dos muchachos aficionados a la lectura, uno de los cuales estaba inscrito, pero nunca iba a las clases, porque se dedicaba a vender libros de viejo. Fue él quien me guió por las trastiendas de las librerías en las que se podían encontrar todos los libros prohibidos de la época, que llegaban de México, de Francia o de Buenos Aires. La universidad española que yo conocí era un páramo, pero había en él algunos excelentes profesores, como Fabián Estapé, que me dio clase de economía política, y al que visitaba todas las semanas en compañía de mis dos amigos para discutir sobre literatura. El profesor Ayuso de *Señas de identidad* es una mezcla de varios profesores a los que había conocido durante aquella época, que, aunque no se pronunciaban nunca abiertamente, se sabía que eran desafectos al régimen.

—Al terminar el segundo año en la universidad, se marcha a Madrid con el borrador de una novela bajo el brazo...

—Era la primera versión de *Juegos de manos*. Mi hermano José Agustín se ocupaba por entonces en Madrid de realizar algunas gestiones para evitar la quiebra de la empresa de mi padre, y tuve la suerte de que, cuando terminó la carrera y tuvo que incorporarse al ejército, me tocó a mí sustituirlo. Me matriculé en Ciencias Políticas, pero, en lugar de ir a clase, me pasaba los días leyendo o escribiendo; y las noches, de bar en bar con un grupo de iberoamericanos del Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe, donde había vivido mi hermano. La nueva novela recogía toda esa atmósfera del barrio de Argüelles. La presenté al premio Nadal en el año 54, y creo que quedé en tercer lugar, pero la editorial Destino no se atrevía a presentarla a la censura. Como sabía que José Manuel Lara tenía muy buenas relaciones con ellos, le pedí que lo hiciera y, a cambio, él se reservó el derecho de publicar mi segunda novela, *Duelo en el paraíso*, a la que le recortaron unos cuantos pasajes para que pudiese salir. Cuando he vuelto a leer estas novelas con vistas a incluirlas en mis obras completas, me he dado cuenta de que lo mío fue un aprendizaje muy laborioso, siempre a destiempo. Salvo de Sánchez Ferlosio, que escribió una obra maestra con dieciocho años, poco se podía esperar de quienes, como yo por

**Lo mío fue un aprendizaje muy laborioso, siempre a destiempo. Salvo de Sánchez Ferlosio, que escribió una obra maestra con dieciocho años, poco se podía esperar de quienes, como yo por esa época, no leíamos a nuestros clásicos por excesiva desconfianza hacia todo lo relacionado con la cultura española.**

esa época, no leíamos a nuestros clásicos por excesiva desconfianza hacia todo lo relacionado con la cultura española.

### **El camino de la política**

—Sus lecturas francesas y norteamericanas, así como el descubrimiento del pasado esclavista de una rama de la familia que había hecho fortuna en Cuba, lo llevarán por el camino de la política...

—Estando en Alemania, Manuel Sacristán se había convertido a un marxismo activo y, al volver, creó la primera célula comunista en la Universidad de Barcelona. Yo nunca llegué a entrar en el Partido, como tampoco lo hizo Gil de Biedma; siempre digo que fue para mí una bendición, porque me evité así volverme anticomunista, como la mayoría de los que entraron. Fui lo que se llamaba entonces un «compañero de viaje» o un «tonto útil». Ya en París, entré en contacto con la dirección del Partido, sobre todo con Jorge Semprún y con Fernando Claudín, que eran los más abiertos y los más cultos de sus dirigentes. También formé parte del consejo de redacción de *Realidad*, la revista cultural del Partido, en el que era el único miembro sin carné. No tendría que pasar demasiado tiempo para que me alegrase de no haber militado: cuando se cumplían veinticinco años de la victoria de Franco, salió un artículo mío en *L'Express*,

«On ne meurt plus à Madrid», que les fue atribuido a Semprún y a Claudín. Era completamente falso: lo escribí yo, se lo enseñé, y ellos me hicieron algunas sugerencias; pero ya el hecho de habérselo enseñado, y de que no me hubiesen dicho que aquello era un artículo anticomunista, era una prueba de culpabilidad de cara a sus compañeros. Me vi de repente atacado por la prensa del régimen con una violencia que solo los archivos pueden mostrar y, por otra parte, mi texto era discutido en todas las células del Partido para combatir a Semprún y a Claudín. Ese día decidí salirme de político, y no volví a escribir una línea sobre España hasta la víspera de la muerte de Franco.

—*También los viajes a Cuba y a la Unión Soviética le sirvieron de advertencia sobre la distancia que separaba el comunismo teórico de la realidad...*

—En Cuba estuve tres veces: la primera de ellas, el año 61, volví entusiasmado. Era difícil no hacerlo porque era la época de los grandes cambios, en la que solo vi el lado bueno: la popularidad enorme, nada obligada, sino real, de la revolución entre una serie de intelectuales que me resultaban afines. Casi todos estaban de acuerdo con la política de entonces, pero algunos ya empezaban a expresar sus reservas. Nunca olvidaré el día en el que el cineasta Néstor Almendros me dijo: «Están haciendo cosas que me recuerdan a la Falange Española», una frase que me chocó en aquel momento. El año siguiente, durante la crisis de los cohetes, me envié *L'Express* para entrevistar a Fidel Castro. Fue un viaje en el primer avión rompedor: fuimos de París a Praga, de Praga a Islandia, y allí estuvimos esperando hasta que hubo la posibilidad de ir a La Habana. Al llegar le expliqué a Carlos Franqui el objetivo del viaje, y él me llevó a una granja agrícola en las afueras de La Habana a la que Fidel Castro iba los domingos. Acompañé a Franqui a la granja y, al cabo de una hora, llegó la comitiva con todos los comandantes con sus puros en la boca. Franqui le dijo: «Mira, aquí está este gallego que ha venido para hablar contigo en el momento en el que todo el mundo se va de Cuba». A Fidel le hizo gracia, me cogió del brazo y quiso enseñarme su criadero de vinagre; con la mala suerte de que yo tengo, desde niño, una alergia mortal al vinagre. Entré con él, pero, al cabo de un minuto, el olor me puso enfermo, y tuve que decirle «Me excusa, mi Comandante, no me encuentro bien». Él se quedó dentro con los demás y, al salir, me miró como a un insecto inmundo.

### **Nunca fui a Sebastopol**

—*Son los imponderables de las entrevistas... ¿Cómo fue el viaje a la URSS?*

—Mi primera visita a la Unión Soviética fue en compañía de Monique Lange y de su hija Carole, invitados por la Unión

de Escritores, que nos trataba como a príncipes. Estuvimos primero en Moscú, y luego en Crimea. La experiencia de pasar unos días en la Casa de Escritores, de la que hablo *En los reinos de Taifa*, me inspiraría años más tarde un capítulo entero de *Las virtudes del pájaro solitario*. Lo que más me impresionó de todo el viaje fue la casa de reposo de burócratas: la única persona que tenía un aire cultivado, inteligente, que además iba vestido con una elegancia rara en la URSS de aquellos años, estaba allí con su esposa y con su hijo, más o menos de la misma edad que Carole. Entonces me enteré de que había traducido al ruso *El Quijote* y la obra de Rabelais, y de que tenía incluso una versión sin publicar de Proust. Al recibir la noticia, quise saludarlo, pero él me hizo un gesto y desapareció. El hijo nos explicó entonces que no tenía permiso para hablar con nosotros: había estado preso en la época de Stalin y tenía absolutamente prohibido hablar con extranjeros. Ya se sabe que los regímenes totalitarios son los únicos que se toman la literatura en serio. Hace poco, mientras leía las cartas que escribieron Mihail Bulgákov y Evgeny Zamiatin Polkakov a Stalin, no terminaba de crearme cómo un dictador implacable podía estar vigilando con lupa lo que hacían los escritores y acabar físicamente con ellos, condenarlos al silencio.

—*La música de aquel viaje podría haber sido I never got to Sebastopol...*

—Desde luego. Poco a poco, la estancia en la casa de reposo se fue transformando en una pesadilla. La historia sería larga de contar, pero el caso es que estaba todo lleno de carteles que decían, en francés y en inglés, «Visite Sebastopol», así que le pedí a nuestro guía, un lituano que se llamaba Vidas Silunas, que informara a la encargada del turismo de que íbamos a abreviar la estancia allí para ir a Sebastopol. Estuvieron discutiendo un rato y, al terminar, Vidas me tradujo que no era posible porque había obras en la carretera. Como tenía a mano un mapa de Crimea, vi que había otra carretera que iba por el interior, así que le respondí: «No tengo ninguna prisa, damos la vuelta por el interior y llegamos a Sebastopol». Vuelven a hablar unos minutos y concluyen: «También hay obras y está cortada». La cosa entonces empezó a excitarme y propuse: «Hay unos ferrys que van por la costa, podríamos ir por vía marítima». Respuesta: «Esa vía ya no existe». Al final tuve que pedirle a mi intérprete que le preguntara a aquella señora por qué no quería que fuese a Sebastopol. Ella empezó a gritar en ruso, y nunca supimos qué ocurría. Lo curioso es que, cuando coincidimos con Sartre y con Simone de Beauvoir en Leningrado y les contamos la historia entre risas, descubrimos que a ellos les había pasado lo mismo: no habían conseguido el permiso para ir a Sebastopol. Lo que de verdad me intrigaba era por qué, si no

querían que los extranjeros visitasen Sebastopol, anunciaban la ciudad por todas partes. Esto me hizo reflexionar mucho sobre las continuas contradicciones de un viaje en el que el desacuerdo entre la realidad y la propaganda desafiaba cualquier esquema lógico. Todo se resume en un chiste que nos contó uno de los niños de la guerra al que conocimos: «¿Cuál es la diferencia entre un pintor expresionista, un pintor impresionista y un realista socialista? El primero pinta lo que ve; el segundo, lo que siente; y el tercero, lo que oye».

### Persona non grata

—En Coto vedado dice que «cuando uno se va es porque ya se ha ido». ¿Cuál fue el momento en el que verdaderamente se marchó de España?

—Supongo que al entrar en la universidad. A los dieciocho años, se me ocurrió la idea, en verdad absurda, de ser diplomático, porque nadie hay más alejado que yo de lo que es un diplomático. Pensaba que eso me facilitaría irme de España, y durante un tiempo me lo llegué a plantear seriamente: conocía a alguien que había querido ser diplomático, pero al que no se lo habían permitido sus orígenes familiares republicanos, y él me enseñó más o menos lo que había que saber, aunque luego la realidad se impuso. En cualquier caso, si me quedaba alguna duda sobre la necesidad de un exilio voluntario, estas se convirtieron en certeza cuando en una de mis visitas a París conocí a Monique Lange y a Jean Genet, con el que ella tenía una relación muy cercana.

Tuve que volver después a España para cumplir con las milicias universitarias, durante dos veranos en Castillejos, provincia de Tarragona. Este servicio militar tuvo más influencia en mi vida de la que podría parecer, ya que mi compañía estaba formada casi exclusivamente por reclutas almerienses y, escuchándoles hablar, descubrí lo que era el desamparo cultural, la miseria. Hablaban de Barcelona como en aquel momento nosotros hablábamos del milagro alemán o de Norteamérica; lo que evocaban no podía simplemente imaginarlo. Esto fue lo que me motivó para viajar por Almería, la primera vez con Monique, luego solo, y para escribir *Campos de Níjar* y *La Chanca*, que ya no pudo publicarse en España y salió en París. En *Campos de Níjar* yo había hecho un comentario irónico sobre el contraste entre la miseria general y las farolas de un paseo que en ese momento estaba desierto. A raíz de la publicación del libro, el alcalde del pueblo le dijo al corresponsal de *Le Monde* que, si yo volvía aparecer por allí, me «colgaría por los huevos de una de aquellas farolas». Cuando casi cincuenta años después denuncié el trato esclavista que recibían los inmigrantes de El Ejido, la corporación municipal me declaró de manera unánime

**Lo que me extraña es que nadie haya rescatado fotos mías del año 40, saludando con el brazo en alto, como todos los alumnos del colegio de los jesuitas. ¡Goytisoló fue franquista!**

*persona non grata*. Nada había cambiado entre un momento y otro, pero me llevé hace poco la alegría de que todos ellos están ahora mismo en la cárcel, condenados por corrupción.

—A principios de los setenta, cuando puso en marcha la revista *Libre*, se dio cuenta de las grandes diferencias entre el compromiso político de Mario Vargas Llosa y de Julio Cortázar, por citar dos nombres. ¿Cómo vivió treinta años después el descubrimiento de la juventud nazi de Günter Grass, uno de los escritores que más había denunciado el horror alemán?

—La ruptura de Cortázar tuvo que ver mucho con la influencia nefasta de su compañera de entonces, Ugné Karvelis, a la que en un texto que salió en *Claves de razón práctica* he llamado «El ángel gris». En el caso de Günter Grass, la gravedad de los hechos se exageró enormemente: me parecieron increíbles las reacciones a la noticia de que un muchacho de diecisiete años hubiera pasado unos meses en las juventudes nazis, sobre todo cuando hay contemporáneos suyos que dijeron que, ya en 1963, él hablaba de limpiar su error del pasado. Si me repugnó lo que le hicieron a Günter Grass, todavía me parecieron más miserables las acusaciones a Milan Kundera: supuestamente alguien había visto en un archivo secreto que había colaborado con el régimen comunista checo; luego se demostró que todo era mentira, pero mientras tanto aprovecharon para quemarlo. Ya no importa la obra de los autores; solo su vida, sus miserias. Lo que me extraña es que nadie haya rescatado fotos mías del año 40, saludando con el brazo en alto, como todos los alumnos del colegio de los jesuitas, que nos encasquetaban una boina roja, una camisa azul y nos obligaban a hacer el saludo franquista. ¡Goytisoló fue franquista!

## El aduanero de Gallimard

—¿Cuáles eran sus funciones en Gallimard?

—Era un simple lector, especializado en la literatura española. Entré en Gallimard a raíz de la traducción que Maurice Edgard Coindreau había hecho de *Juegos de manos* y *Duelo en el paraíso*. Con mis prejuicios de entonces, recomendé sobre todo a los compañeros de mi generación que tenían ideas de izquierdas o que eran, al menos, críticos con el franquismo, desde Ana María Matute, Sánchez Ferlosio o Juan Marsé, hasta autores como Jesús Fernández Santos, García Hortelano y López Salinas. También tuve que ver con la publicación de *La Colmena* de Cela, de Miguel Delibes, de algunos novelistas catalanes como Joan Sales y Mercè Rodoreda, y sobre todo, con la aparición en Francia de *Jusep Torres Campalans*, de Max Aub. Mis anteojerías ideológicas me jugaron una mala pasada, porque no incluí a algunos escritores que merecían estar en el catálogo. Por otra parte, había muchos autores franquistas que enviaban sus libros allí y que empezaron a decir que había un aduanero que filtraba. En el momento de la detención de mi hermano Luis, se desató una campaña contra mí que tenía mucho que ver con el hecho de que Gallimard hubiera rechazado sus libros. Ahora bien, ¿cómo habría escrito el comienzo de *Señas de identidad* sin todos sus ataques?

—¿Cómo fue el encuentro con Monique Lange?

—Monique era la secretaria de Dionys Mascolo, y estaba muy interesada por España. Rompiendo el tabú de los intelectuales de izquierdas, había ido a pasar allí las vacaciones de verano, con un grupo en el que también estaban Marguerite Duras, el propio Mascolo, Elio Vittorini y su esposa Ginetta. Como habían descubierto algunos síntomas de cambio, la llegada de un joven novelista español, con un odio total por el régimen franquista, fue recibida con los brazos abiertos por todo el grupo. A raíz de eso se inició mi relación con Monique, que, por decir lo menos importante, contribuyó mucho a mejorar mi conocimiento de la literatura francesa de la época, al darme a conocer una serie de autores como Blanchot o Artaud, que quizá no hubiese descubierto solo. Ella estaba muy relacionada con todos los círculos de izquierdas.

## Genet y la malama

—Tras ese encuentro, Monique y usted formarán una pareja que seguía, de algún modo, el modelo de Jean-Paul Sartre y de Simone de Beauvoir.

—Antes de que nos encontrásemos en Leningrado, a Sartre y a Simone de Beauvoir los conocía porque me habían publicado alguna cosa en *Les temps modernes*, a veces con seudónimo. Más tarde viajaría con Simone de Beauvoir y con el

escritor norteamericano Nelson Algren por el sur de España, lo cual dio origen a un relato bastante fantástico de Algren. En realidad fuimos por Almería, Granada y Málaga, donde terminó el viaje, pero él me hace llegar hasta Sevilla y asistir a una corrida de toros, en la que yo me habría levantado para gritar «¡Así se torea!». Cuesta creer que yo haya dicho semejante frase: no es que sea un obseso de la prohibición de la corrida, pero nunca he tenido afición a los toros, a diferencia de Monique, a quien le gustaban mucho. Lo que me interesó fueron los encierros, que tienen gran protagonismo en *Señas de identidad*. Su violencia me marcó mucho, porque vi de pronto que la crueldad de los encierros de Elche de la Sierra guardaba algún tipo de relación, al menos metafórica, con la matanza de campesinos de Yeste a manos de la Guardia Civil en mayo de 1936.

—Con Camus, sin embargo, nunca tuvo una relación cordial.

—La razón es muy sencilla: después de la crítica feroz que hicieron de *L'Homme Révolté* en *Les temps modernes*, Camus dividió el mundo entre los sartrianos y la gente que opinaba como él. Estando Monique tan ligada al grupo de Sartre, yo pertenecía sin remedio a la misma mitad del mundo que sus enemigos. Al llegar a Gallimard, me crucé algunas veces con él por los pasillos, y siempre inclinaba la cabeza para saludarme, pero nuestra relación no pasó de ahí. No quiso firmar, por ejemplo, el manifiesto de apoyo al homenaje a Machado en Colliure. Lo había redactado la hispanista Elena de la Souchère, un personaje fundamental de aquellos años, y cuando le escribió una carta a Camus que comenzaba diciendo «Cher Maître», él contestó que no era el maître de nadie. Aunque era totalmente opuesto al régimen de Franco, no quería ver su nombre mezclado con el de Sartre y compañía. Es una pena, porque creo que nos hubiésemos llevado bien: él fue, desde luego, quien tuvo una posición más clara sobre la admisión de España en la UNESCO; recuerdo que escribió unos artículos muy duros en *Combat* criticando la concesión que Europa hacía al franquismo.

—La primera noche en la que Monique le invita a cenar a su casa, había allí un curioso personaje que, sin haber cruzado palabra, le espetó: «Y usted, ¿es maricón?».

—Era Jean Genet; es una figura tan compleja que estaríamos horas y horas hablando sobre él. Mi libro *Genet en el Raval* es una recopilación de cuatro ensayos que recogen aspectos y épocas distintas del personaje: además del que da título al libro, aparece el capítulo sobre «El territorio del poeta», que formaba parte de *En los reinos de Taifa* y que es de algún modo un resumen de nuestra relación; también el ensayo «Genet y los palestinos: ambigüedad política y radicali-

dad poética» que dediqué a *Un captif amoureux*, un libro de una profundidad y de una belleza extraordinarias, que fue totalmente incomprendido en Francia cuando se publicó tras la muerte de Genet; y finalmente «El poeta enterrado en Larache». En este último ensayo establezco una relación entre la moral o antimoral de Genet y la moral de los *malamatís* del Islam, que son los *suffís* que, para domeñar su orgullo, adoptan una conducta pública completamente reprobable, con el objetivo de atraer la censura —la *malama* es la censura moral—. Por ejemplo, bebían vino en público o practicaban la sodomía; todo ello para ser despreciados y no sentirse jamás orgullosos de su perfección interior. Es lo mismo que hacía Genet al convertir la abyección en virtud suprema: él era una persona muy violenta que podía romper sus amistades de la noche a la mañana —hacía incluso un elogio de la traición—, pero tenía también momentos de extrema generosidad. Lo que ocurre es que después se arrepentía.

### La única moral del escritor

—Al incorporar a *Señas de identidad* ese montaje de las frases extraídas de la prensa franquista o los minuciosos informes policiales, ¿era consciente de estar escribiendo una novela experimental?

—Cuando empecé a escribir *Señas de identidad*, sentía una gran insatisfacción con respecto a mi propio trabajo. Esto lo he explicado bastante a menudo: comprendí de pronto que nuestra generación cumplía con un deber cívico de cara al régimen, pero que no estaba a la altura de la literatura de la época. La única moral del escritor es devolver a la comunidad lingüística a la que pertenece una escritura distinta de la que recibió de ella en el momento de comenzar su creación; solo será juzgado a partir de eso. Fue mi descontento con lo que escribía lo que me empujó al cambio, primero en *Señas de identidad*, luego en todo lo que sigue. Un cambio que no se reduce a una variación de temas, sino de propuestas literarias: cada libro después de *Señas de identidad* ha sido una propuesta literaria distinta. Hay quien piensa, por ejemplo, que mis libros son cada vez menos para ser leídos y más para ser escuchados o releídos.

—Muchos factores influyeron en esa época de cambio: por un lado, la lectura de Américo Castro, el anti Menéndez y Pelayo, me abrió una perspectiva nueva de la cultura española. Me di cuenta de que el régimen franquista no era sino la prolongación de un nacionalcatolicismo doctrinario y excluyente que existía desde tiempos de los Reyes Católicos. Había una serie de temas tabú: por ejemplo, la literatura castellana había sido durante tres siglos una literatura, de algún modo, mudéjar; todo el mundo hablaba del arte mudéjar, pero hubo

también una literatura mudéjar y una sociedad mudéjar que se habían marginado por completo. Es imposible entender el *Poema del Cid* o el *Libro de buen amor* sin tener en cuenta sus fuentes árabes; eso por no hablar de la literatura de Ramon Llull, que traducía al árabe todos sus libros.

—Lo mismo ocurre con el papel fundamental de la limpieza de sangre en la literatura de los siglos XV, XVI y XVII: ignorar que este principio separaba a los que tenían la «sangre limpia» de los descendientes de los judeoconversos es condenarse a no entender la literatura de esa época. Los judíos que habían perdido la fe de sus antepasados de ningún modo podían admitir un cristianismo que se les imponía con tal violencia. Surge entonces una corriente muy interesante de negación del racionalismo, que va desde *La Celestina* hasta Spinoza: a Enrique IV, por ejemplo, los nobles de la época lo acusaban de estar rodeado de gente que decía «nuestro destino es morir y nacer como bestias». Todo esto tuvo un impacto muy fuerte en mi obra.

—Un segundo factor sería la represión de lo erótico...

—Represión, extrañamiento. A la zaga de Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal había decidido que la literatura castellana era casta, a diferencia de la francesa. Yo, sin embargo, descubrí que no: soy desde entonces un gran lector de *La Celestina* y de *La lozana andaluza*. Fui el primero en dar un curso universitario sobre estas obras en Nueva York, y esta audacia me valió la denuncia de un compañero de la universidad, que me acusaba de enseñar pornografía a los alumnos. La verdad, no sé qué habría pensado años más tarde si hubiese leído cómo transformaba literariamente mi homosexualidad en *Carajicomedia*, una novela en la que resucité un relato extraordinario del *Cancionero de burlas provocantes a risa*, escrito sin duda por un clérigo. Yo buscaba un equivalente en nuestro tiempo que me permitiera explotar el lenguaje de la parodia, y un día se me ocurrió hincar el diente en *El Camino* de Escrivá de Balaguer. Para mis propósitos, que desde luego no eran los mismos que los suyos, era una joya llena de sabias sentencias sobre las hazañas de sus santos.

—¿Qué otros factores influyeron en el cambio?

—Recientemente, a raíz del aniversario de la caída del muro de Berlín, mantuve un diálogo con Tzvetan Todorov en Barcelona, y me alegró mucho poder expresarle el descubrimiento que para mí significó su libro sobre la traducción de los formalistas rusos: sobre Mukarowsky, Roman Jakobson y el Círculo de Praga. Todo esto lo leí y también modificó completamente mi percepción de la literatura. Añado un tercer elemento, que es la poesía. Yo soy uno de los raros novelistas que lee tanta poesía como novela, y creo que eso se nota en mi lenguaje: soy in-

capaz de escribir esas frases deslavazadas, que no tienen el menor oído literario, ni musical. Eso se lo debo a mis lecturas poéticas, y quizá un poco a la música masónica de Mozart, al Beethoven más tardío, tan bien estudiado por Edward Said, y a compositores tan variados como Erik Satie, Alban Berg o Stravinsky. Fue, en resumen, un conjunto de elementos lo que me empujó al cambio: la parte política, el desarraigo, esas lecturas que podríamos llamar de teoría de la literatura, que me parecen imprescindibles para un creador, y la nueva visión que me procuraban Américo Castro y sus discípulos.

### La palabra sustancial de José Ángel Valente

—Entre los poetas de su generación, se queda con José Ángel Valente...

—Coincidimos en 1959 en el homenaje a Machado en Colliure, en el que participaron escritores del exilio y escritores que venían de España: yo vine de París, él, de Ginebra, y hubo otros que llegaban de Madrid y Barcelona. Los dos teníamos la suerte de vivir fuera, porque eso nos permitía mirar España desde la periferia, ver nuestra cultura a la luz de otras culturas, la lengua a través de otras lenguas, lo cual ayuda mucho siempre a un autor. Valente fue un hombre abierto a la totalidad del mundo. Creo que es el único poeta español de la segunda mitad del siglo veinte que ha tenido repercusión europea. Hay una veintena de poetas buenos, pero ninguno tiene esa dimensión europea, mientras que Valente tenía mucha relación con Edmond Jabès y con poetas afines. Más tarde, cuando se jubiló de la UNESCO y quería volver a España, terminó en Almería un poco inspirado por mí, y enseguida se sintió muy identificado con el paisaje y con las gentes: formó parte, por ejemplo, de la asociación de vecinos de La Chanca, donde terminó teniendo los mismos problemas que había tenido yo. También estuvo en Marraquech, con Coral: recorrimos juntos los bazares, y luego él me dedicó un poema muy bello en el que llama a Xemáa el Fna la «plaza de la extinción».

—Alguna vez ha dicho que Valente es el primer poeta español que asimiló la lección de San Juan de la Cruz...

—Así es. Uno de los problemas de la literatura española es que las grandes obras no se continuaron: San Juan de la Cruz no dejó discípulos y, mientras *El Quijote* fecundaba toda la literatura europea, en España no tuvo descendencia real hasta el siglo veinte. Una vez, en una biblioteca americana, cayó en mis manos el libro de un jesuita, el padre Mir, que señalaba todos los errores sintácticos y léxicos del *Quijote*, recuerdo que iba poniendo un “sic” a cada frase de Cervantes; eso da cuenta de nuestras limitaciones. Es un misterio para mí cómo el poeta que más querido me es, san Juan de la Cruz, no ha podido tener descendencia hasta José Ángel Valente. Hay en su poesía lo que él llamaba

la búsqueda de las palabras sustanciales, ese intento por encontrar la mezcla enigmática de sencillez y de profundidad de la poesía de San Juan. A lo largo de la obra de Valente hay una decantación, una lucha por la belleza y la simplicidad, que no riñe en absoluto con lo corpóreo. El verbo de San Juan de la Cruz —por ejemplo, su «Gocémonos, amado»— admite una doble lectura, y lo mismo vale para la poesía de Valente. Con una propuesta literaria que nunca se repite, Valente consiguió entrar en el árbol de la literatura: a él no le interesaba tener discípulos, sino antepasados importantes, lección muy clara que lo relaciona con la mística española, hebrea y musulmana, y con poetas más recientes como Luis Cernuda o Paul Celan.

—Valente y usted intercambiaron muchísimas lecturas: él conocía bien la *cábala judía*, usted la *mística sufí*. ¿Es de allí de donde toma la imagen del pájaro que tanto peso tiene en la obra de Juan Goytisolo?

—Sí, sobre todo de la literatura sufí de Irán, escrita en farsi, donde aparecen continuamente tanto la imagen del pájaro solitario como la de la asamblea de los pájaros. Me llamó por eso la atención el pájaro sanjuanista, qué relación podía haber entre la mística de San Juan de la Cruz y la mística árabe y persa. Luce López Baralt ha analizado todas estas convergencias; habría que llamarlas así porque, más que influencias, se trata de fenómenos de convergencia de la experiencia mística. El pájaro de *Las virtudes del pájaro solitario* es el pájaro sufí, pero también el homosexual, porque en Cuba a los homosexuales se los llama pájaros. Son esas ambigüedades que solo permite el lenguaje místico.

### La bendición del exilio

—¿Se siente, como uno de sus títulos, un exiliado de aquí y de allá?

—Como para José María Blanco White, el exilio ha sido siempre para mí una bendición. Cuando llegué a París, quedaban muchas figuras republicanas del exilio que seguían haciendo los mismos mítines que en 1936; se habían quedado estancados. Leyendo una descripción de los rusos antizaristas emigrados en París en la biografía de Marx escrita por Nikolayewsky, descubrí un gran paralelismo entre el exilio ruso del siglo XIX y el exilio español del siglo XX. Hay en *Señas de identidad* algún pasaje paródico, en el que quizá fui un poco cruel, porque el destino de aquellos exiliados había sido, sin duda, más duro que el mío. Yo era un emigrado de lujo, que me iba por mis ideas. Viajando en un tren de valencianos que habían perdido su trabajo el año de la helada de los naranjos, supe lo que era salir de España para ganarse el pan. Alguno de ellos se apuntó mis señas, de modo que durante un tiem-



po aparecían por mi casa de la Rue Poissonnière todas las semanas mujeres de la región de Gandía en busca de trabajo; recuerdo que conseguí colocar a unas veinte como sirvientas, por ejemplo en la familia de Lévi-Strauss. Esta experiencia me permitió años después, en un libro que recoge algunos ensayos sobre la inmigración, comparar a los españoles que llegaban a Francia desamparados —a los que había que guiar por el laberinto, acompañarlos a la prefectura de policía, buscarles trabajo— con los que llegan hoy en día a España.

—No había parecido hasta ahora Blanco White, su pensador de referencia.

—En unos meses saldrá un trabajo mío que se titula *Blanco White, «El Español» y la independencia de Hispanoamérica*, en el que recojo una selección de artículos de Blanco White publicados en *El Español* de Londres, desde el alzamiento de Caracas hasta que cerró la revista. Su lucidez extraordinaria me parece la mejor respuesta a la demagogia del año bolivariano; he querido mostrar que hubo un español inteligente, que supo ver la cuestión y prever los peligros que acechaban a las nuevas generaciones independientes. Él proponía una especie de Commonwealth, con Buenos Aires, Lima y México unidos de algún modo a la corona española. Según Blanco White, si en Estados Unidos la Constitución unió lo que estaba fragmentado, era absurdo que se separara lo que estaba unido. Denuncia también la trata de esclavos, el problema de los indígenas, o el peligro que representa Norteamérica, que «se ha apoderado de Florida, ha comprado Louisiana y tiene los ojos puestos en México». Todo ello en medio de frases memorables, como esta que podría aplicarse al señor que gobierna ahora mismo en Venezuela: «no hay nada menos popular que los llamados gobiernos populares».

—Pudo recopilar y traducir la obra inglesa de Blanco White gracias a la riqueza de los fondos de las bibliotecas de las universidades americanas. ¿Cuál es su balance de aquellos años como profesor?

—En general fue un período excelente, porque para enseñar tuve que aprender muchísimo; además, Nueva York es una ciudad en la que me he encontrado muy a gusto. Sin embargo, también los buenos departamentos de español de las universidades de Estados Unidos reproducían las carencias de la cultura española: la gente solo conocía lo suyo y no se le pasaba por la cabeza ponerlo en relación con otras tradiciones, ni siquiera con la propia novela norteamericana. Eso hacía posible que ocurriesen fenómenos como el que voy a contar: un sinvergüenza, porque no hay otra palabra, presenta una tesis sobre Miguel de Molinos. Yo conocía bien su obra, gracias a Valente, así que me pidieron que formara parte del tribunal que debía juzgar la tesis. Pues

bien, empiezo a leerla y tengo todo el rato la sensación de que aquello yo lo había leído ya en otra parte. Al fin me acordé del libro *Cristianos sin Iglesia*, del extraordinario filósofo polaco Leszek Kolakowski, que tiene un capítulo admirable sobre Miguel de Molinos. Lo recorrí, y era la tesis, de modo que tuve que llamar a este señor, enseñarle el libro y pedirle que, por favor, nos evitase y se evitase aquel bochorno. Era la prueba, en una época en la que no había Internet, de que en los estudios sobre Miguel de Molinos solo figuraba la bibliografía española, a lo sumo la francesa, pero no lo que decía un polaco.

### El pájaro sufi

—Usted, sin embargo, solo empezó a entender la cultura española al verla a la luz del mundo árabe. Es quizás el primer escritor español, después del Arcipreste de Hita, en hablar el árabe dialectal del norte de Marruecos. ¿Cómo aprendió la lengua?

—Desde el otoño de 1965, en el que se me ocurrió la idea de *Don Julián*, hasta la muerte de Franco pasaba dos o tres meses al año en Tánger, pero allí era prácticamente imposible aprender árabe, porque la gente enseña me identificaba como español o me hablaba en francés; además, casi todo el tiempo lo pasaba escribiendo, trabajando. Con todo, seguí un curso de un mes con un tangerino, al que le pedí que me explicara el funcionamiento del verbo, y, una vez que lo entendí bien, pude lanzarme a hablar. Él mismo me dijo: «ahora depende de ti». Cuando decidí mudarme a Marraquech, donde no conocía a nadie, cada vez que alguien me hablaba en francés, yo respondía con el acento más fuerte posible «comprends pas», y después añadía: *ualakin kander shuya alarabiya*, «pero entiendo un poco de árabe». Fue así como la gente empezó a hablar conmigo, y yo fui aprendiendo de oídas el árabe dialectal. Mi escuela era la plaza; mis maestros, los cuentistas. A veces incluso me llevaba una grabadora para repasar después en casa. Hablo la lengua de la calle, nada del lenguaje culto, pero lo suficiente como para poder comunicarme con la gente.

—Horas después, escucharás de nuevo en el *Café de France* cómo bromea en árabe con los hombres tostados de su tribu, «mucho mejor que una familia». Aquella noche falta el más gracioso, el que una vez le preguntó cómo podía irse de viaje a Nueva York si la ciudad había sido destruida. No todo lo que dice el cine hay que creérselo. Tampoco la literatura, ni las religiones. Pero más la literatura que las religiones. Solo así se explica que un escritor que cree más en Sherezade que en Dios, Alá, Yahvé, un exiliado de aquí y de allá que se ha pasado la vida repitiendo que «el mundo es la casa de los que no la tienen», haya encontrado al fin la suya entre gentes sencillas, que no conocen los tigres del tamaño del odio. ■ ■